

las líneas precedentes tiene fundamentos bastante rigurosos, procuraremos sintetizar algunos hechos y mediaciones personales que siempre resultan más demostrativas y convincentes que lo meramente objetivo, es decir, que lo que se dijo o se hizo, es siempre más probatorio de lo que se pensó y de las cualidades de lo pensado que el enunciado de la idea. Ese es el fundamento del dicho parlamentario, sostenido por nuestros grandes oradores hasta llegar a Maura, de que las ideas no delinquen. El pensamiento es libre en tanto que se mantiene en su elevación como principio. La falta puede surgir al aplicarlo y convertirlo en hecho. Pues bien, seamos ecuanímenes y observadores de la evolución del pensamiento alcazareño viendo lo que hicieron nuestros antecesores y cómo se conducían o reaccionaban ante los acontecimientos.

No podemos remontarnos, como fuera deseable, a la época medieval, pero sí podemos ir hacia ella y avanzar cada día un poquillo, como se viene haciendo, aventurándonos en lo desconocido con el conocimiento de lo más reciente y esto del pensamiento es relativamente próximo en sus manifestaciones públicas, como se viene observando en los escritos publicados, incluidos los detalles de este mismo trabajo.

Don Enrique Manzanque, al cual hay que recordar constantemente, tanto por lo que cuenta como porque lo contado es lo visto, oído o vivido por él, enjuiciado en su vejez con un sentido de gran responsabilidad y amor a su pueblo, nos habla del vuelo que tomaron las ideas en su tiempo y de cómo absorbieron a la casi totalidad de los alcazareños, poniéndose de manifiesto la sensatez de todos ellos y los matices de la ética alca-

zareña cuyas raíces religiosas se remontan a la época primitiva y hallaron una encarnación y una manifestación espléndidas en las ideas liberales cuyas concomitancias religiosas no ofrecían dudas aún llamándose anticlericales.

Lo de que Alcázar sea un segundo Madrid no es tan baladí como aparenta el cantar ni sus relaciones son de mera comunicación e intercambio de vecinos, es que Alcázar, como Madrid, está hecho con los acarreos de todas partes, con las gentes que llegan de todas las procedencias, dándole a su carácter las cualidades que tiene de simpatía, tolerancia y ecuanimidad, en virtud de las cuales, la gente que llega se encuentra como en su propia casa y no halla cuando salir, cosa que no es corriente en los pueblos y menos en la Mancha donde los fueros de las castas más autóctonas siguen apegados a sus imperativos.

La influencia del libre análisis y el espíritu liberal, hicieron que en Alcázar, hasta los pocos que podían considerarse clericales, lo eran tan ecuanímenes que ya ellos partían del principio de que el pensamiento era libre y que las ideas no delinquían, guardando el mayor respeto a los que tampoco eran anticlericales, interpretando este anti en el sentido de hostilidad o lucha, por el contrario, la convivencia era perfecta y la verdad que ninguno hacía alarde de arrimar el ascua a su sardina y aunque la arrimara era sin ostentación ofensiva y excitante del antagónico, que es la mayor y la mejor prueba de respeto que entre sí podían ofrecerse y los pretendidos anticlericales de Alcázar eran de un espíritu religioso que para sí hubieran querido los antagónicos de los románticos enemigos de los Consumos y de la pena de muerte.